

1.9 Ilustración - RE: Deidad - La Esencia de la Creación

Personalmente, observé a las Hadas durante tres años y, para ser sincero, su progreso en ese tiempo me sorprendió por completo. Se fabricaron lanzas. Se descubrió el fuego. Se construyeron refugios. Y, claro, tuve cierta participación en ello, pero también hubo muchos momentos en los que me mantuve al margen. Un temor surgía en los cazadores que se acercaban demasiado a animales peligrosos, ayudaba a los recolectores a encontrar plantas comestibles, e incluso les mostraba lo básico para cultivar: en esencia, simplemente meditar para hallar la energía en su interior y brindarles algún consejo sobre los mejores lugares para hacerlo.

Aunque, en realidad, ninguno de ellos había comenzado aún el camino de la cultivación, a pesar de estos avances. Probablemente tomaría otra generación o dos para que esas cosas realmente se pusieran en marcha.

Por otro lado, habían empezado a crear su propio sistema de escritura, descubrieron cómo cincelar el sílex y experimentaban con el barro para hacer vasijas, todo sin mi ayuda. Un tribu incluso logró construir embarcaciones de balsas y comenzó a atravesar ríos por su cuenta. ¡Era motivo de orgullo verlos prosperar, su creatividad y su instinto de supervivencia alimentando sus avances!

Sin embargo, en los momentos en que ayudaba en verdad, no solía hacerlo en forma de mí mismo. Como aún tenía problemas controlando mi aura —que era demasiado para que la soportaran las almas mortales sin restricciones—, mis presagios solían ser más sutiles. Un golpe de viento en un momento clave, excitar a un ave para que cantara, fracturar una roca, enviar pequeñas gotas de emoción a través de las más diminutas grietas de mi poder, para manipular una respuesta específica. Cosas así, fáciles de ignorar, pero que, si estaban atentos, eran señales. Otras veces, prefería dejarlos cometer errores por sí mismos; a veces, la mejor forma de enseñar a los niños a no jugar con el fuego, es dejar que toquen el fuego.

Al final, mi supervisión personal tendría que ser reemplazada por la guía de otros dioses, espíritus poderosos o ángeles, en cuanto algunos de estos últimos aparecieran. No tendría tiempo suficiente para vigilar a todos constantemente, especialmente cuando las Hadas comenzaron a multiplicarse y los Reinos se expandieron. En comparación con los mortales, podría parecer omnisciente y omnipresente, pero, en realidad, conocía mis limitaciones y sabía que sólo disponía de cierto tiempo al día para cumplir con mis tareas; y, por más que pueda parecer malo, era más útil dedicar ese tiempo a resolver problemas grandes que pequeñas cuestiones.

Sin embargo, eso no significaba que no pudiera ayudar a que todos se estabilizaran ni que no escuchara con atención.

“¿No creen que están progresando muy bien?” pregunté, sonriendo hacia Cradle y asentando con la cabeza. Cuando no recibí respuesta, giré la vista hacia mis acompañantes, parpadeando ante la congregación de dioses que se encontraba detrás de mí. Elvira y Keilan tenían los ojos cerrados, sentados en posición de loto, meditando. Reika observaba todo desde abajo, absorta, mientras Randus hacía lo posible por meditar de pie, aguardando instrucciones mías. Incluso el Sol del Reino parecía observar el planeta con curiosidad. Curiosamente, sin embargo, Alexander no se encontraba por ninguna parte.

La mayoría de los otros dioses simplemente miraban con curiosidad a mi pueblo, en lugar de experimentar una iluminación como mis primeros hijos, murmurándose cosas entre sí todo el tiempo. Asentí hacia ellos, enfocándome con mayor atención en Elvira, Keilan y Reika, movido por la curiosidad de comprender qué estaban atravesando.

Podía sentir, casi palpando, cómo se profundizaba en Elvira y Keilan la comprensión de sus propios dominios divinos, la aura plasmática que las rodeaba fluctuando a medida que controlaban con mayor precisión sus poderes. Keilan formaba hilos kármicos que flotaban suavemente a su alrededor, sus dedos temblando como si cosiera un tapiz invisible con ellos. Reika, en cambio, parecía obtener algo completamente distinto de esa experiencia, con flores floreciendo en su cabello mientras otras caían y se perdían en el infinito del espacio.

“Entonces te dejo a ello”, susurré suavemente, para no interrumpir esa especie de “etrance de iluminación” en la que parecían encontrarse. En cambio, me volví hacia el Árbol de Vida y la masa terrestre en la que crecía, Pangea. Era momento de difundir a las Hadas.

Puse mis palmas planas, y decenas de miles de almas mortales aparecieron sobre ellas como granos de arena. Las soplé suavemente, formando cuerpos en el aire que se lanzaban hacia Pangea, agrupándose en clanes y tribus por toda esa masa terrestre de tamaño de múltiples planetas. También, esas almas, las vigilaba con atención durante unos años, sobre todo porque Pangea era más peligrosa que Cuna.

“Entonces, por eso aceleraste la creación de los mortales”, susurró Alexander desde detrás de mí. Sobresaltado, me giré para encontrar sus ojos de colores arcoíris. Había reducido su cuerpo dracónico para no molestar a sus hermanos, aunque el dios del fuego y la diosa del agua seguían colgados de su espalda como monos. Claramente, se había caído en gracia con él. Él empujó suavemente su hocico contra mi pecho, con cuidado de no perturbar a los pequeños dioses que se aferraban a él. Reí y le raspé detrás de sus cuernos, donde le gustaba que lo acariciaran. “Su simple creación nos ayuda a entender mejor la naturaleza de la existencia. Keilan ha estado luchando por tocar esa ‘energía mental’ que posee, pero ahora, míralo. Es casi como si le fluyera en ondas.”

Eché un vistazo a Keilan y confirmé que Alexander tenía razón. La energía mental, o energía psíquica, como prefería llamarla, se estaba condensando alrededor de su cabeza, formando una especie de caparazón. Había estado tan concentrado en jugar con su karma que no me había dado cuenta.

“Sí, pero también no”, respondí. “Aunque es una grata sorpresa que vosotros, los jóvenes, obtengan tanto de esto, no esperaba tal cosa. Contrario a lo que crees, no soy omnisciente ni lo tengo todo bajo control”. Dije con un gesto de cabeza.

“Solo porque no quieres serlo”, dijo Alexander, moviéndose a mi lado para apoyar su cabeza sobre la mía y que ambos pudiéramos contemplar Cuna y Pangea.

“Solo porque el libre albedrío lo hace demasiado complicado”, contrarresté. En mi opinión, el libre albedrío era la mayor bendición y también la mayor maldición de un alma viviente; era un derecho inalienable que no podía ser quitado por la fuerza. Sin embargo, podía ser entregado voluntariamente. Pero el caso era que nadie podía obligar a otro a hacer algo si realmente no quería, para bien o para mal. “Ver el futuro es solo probabilidad y estadística. Hasta cierto punto, puedo calcular cómo terminarán las cosas, pero ¿hacia el futuro? Las probabilidades y demás son demasiado, incluso para mí. No, una de las principales razones por las que creé a las Hadas es... bueno, mentí, en realidad esperaba que ustedes, los jóvenes, comenzaran a entender por qué quería crearlas con tanta insistencia, y la iluminación forma parte de eso, pero también porque los Cuatro Reinos han estado en paz demasiado tiempo”.

“¿Qué?”, preguntó Alexander, con evidente confusión en su tono. “Las cosas han sido bastante caóticas, Padre, con los procesos de creación”.

“Eso es cierto”, admití. “Pero puedo sentir que algo se aproxima, Alexander. Una tribulación, una tormenta, algo. La creación de los Cuatro Reinos ha despertado ciertos revuelos, el polvo empieza a asentarse, y estamos a punto de descubrir qué es realmente una tribulación. La Forja está inquieta”, murmuró, levantando la vista al cielo. A través del velo de los Reinos, más allá del Sol de los Reinos y de la envoltura protectora del caos primordial que rodeaba el universo, se encontraba el Abismo, donde el caos se enfrentaba a la nada. Era una marea tumultuosa de destrucción y creación; el Vacío devoraba el caos, devolviéndolo a la nada, mientras que el propio caos, a su vez, generaba su existencia mediante un proceso caótico de destrucción, buscando expandirse sin fin. Y más allá de eso, se hallaba el vacío vacío.

Me estaba poniendo nervioso. Algo se agitaba allá afuera, y ni siquiera sabía cómo era posible que la nada pudiera moverse. Y además, la Sombra —

— “Y tú te jactas de no ser vidente,” bromeó Alexander, apartándose de mí. Resoplé, regresando mi atención hacia el Ser de las Hadas.

— “Alguien con mi nivel de poder no puede evitar percibir grandes eventos cuando están en el futuro, porque son la culminación de decisiones pasadas. Son las pequeñas cosas, las secuelas y el crecimiento, las que están en constante cambio. ¿Qué tan grave será? ¿Qué será? No lo sé. Solo sé que algo se aproxima.” respondí con facilidad. Es como la frase “el mejor momento para plantar un árbol fue hace veinte años, el segundo mejor momento es ahora.” Cuando planto ese árbol, puedo ver que crecerá allí y puedo protegerlo para que así sea. En cierto modo, puedo predecir su futuro. Pero, ¿qué soportará? ¿Qué clima lo afectará? ¿Quién lo verá? Esa es la cuestión, y la duda. Pude percibir el evento inminente, pero lo que era se me escurría.

— Esperamos en silencio un momento, y una vez más, dirigí mi mirada hacia Cuna.

— Muchas tribus ya comenzaron a venerarme — o al menos al concepto de mí. Incluso habían notado mi nombre, leyéndolo a través de nuestra conexión, o quizás un dios particular de los sueños susurró mi nombre para ellos. Eso parecía ser cosa de él. Uno de los sacerdotes empezó a llamarme Madre Estatera y Padre Luotiano, adorando las dos mitades de mi nombre como si fueran entidades separadas. Qué idea tan absurda. Como si yo hiciera algo tan tonto como elegir un bando por pensar en un género. Yo soy como soy, y soy Estatera Luotiana, Deidad de Origen del Equilibrio. Pero aún así, resultaba algo divertido ver cómo ya estaban interpretando mal las cosas. Ah, los mortales, nunca cambian. A pesar de todo, el culto era... interesante.

— Sentí cómo más poder fluía hacia mí desde las Hadas a medida que la adoración continuaba; me estaban entregando un poco más del poder que ellas mismas habían creado, incluso más allá de nuestra conexión innata. No era mucho, ni siquiera suficiente para llamarlo una gota en el océano, y quizás no lo fuera por un tiempo aún, pero que eso sucediera en absoluto era desconcertante.

— Los dioses, por lo que sabía, no adquirían poder mediante la adoración, y ciertamente eso no alimentaba su inmortalidad como suelen contar en las historias de la Tierra. ¿Será porque la naturaleza de mi universo es distinta a la que conozco, o acaso estoy omitiendo algo?

— Revisé mi memoria en busca de algo que pudiera explicar lo que ocurría, pero lo mejor que pude imaginar fue que tal vez simplemente no lo había notado antes. Nunca había estado cerca de un poder que pudiera llamarse divino en mi antiguo universo, y sí, asumir la responsabilidad por las acciones humanas que vigilaba ayudaba a mi crecimiento personal, pero nunca antes había recibido tanta adoración. Aunque, con el poder que ahora obtenía de ella, quizás era una sorpresa, incluso algo agradable, pero el crecimiento personal siempre superaría cualquier beneficio que obtuviera de la adoración.

— ¡Oh! ¿Y esto qué es? Concentré un poco más en una tribu en particular, detectando a los primeros dos Hados que creé — mis Adán y Eva — juntos en una misma comunidad. ¿Se estaban... cortejando mutuamente? ¡Qué adorable! Quizás formarían un hilo rojo del destino. ¡Eso sería demasiado dulce, ver a mis primeros dos Hados convertirse en mis dos amantes destinados! Suspiré con cariño. Aún podía ser ingenuo en cuestiones de romance, incluso después de todos estos años.

— Bueno, debo pedir disculpas, Padre, pero creo que debo partir. El ciclo de la reencarnación necesita atención ahora que los mortales han llegado; tengo la sensación de que deberán hacerse ajustes —dijo Alexander, con su voz lejana—. Alcé una ceja al observarlo, notando cómo él, también, empezaba lentamente a sucumbir a la “iluminación”, y suavemente lo empujé hacia el Reino Espiritual. Verlo ingresar en su dominio era como verlo hundirse bajo la superficie de aguas cristalinas; si solo miraba con mis ojos físicos, parecía distorsionado y distante, separado por una delgada frontera de agua.

— Ve. Diviértete —dijo, y él se sumergió en la búsqueda de su propia iluminación. Con un rápido movimiento de cuello, me recliné, formando un cómodo sillón de sentado y sosteniendo una copa de vino blanco en una mano, preparándome para mantener vigilados a los Seres Fae. Aunque no bajaría físicamente para intervenir, en la próxima década o dos ciertamente ayudaría un poco.

—Ahora, ¿dónde estábamos —

De repente, un rayo de dolor atravesó mi pecho, irradiando desde el centro. Me enderecé de un salto, el poder fluyendo mientras buscaba la fuente y causa del dolor, solo para congelarme al encontrarla. Una joven alma estaba entrando en el ciclo de la reencarnación. No era la primera, ya que unos cuantos Seres Fae habían muerto en accidentes durante los últimos tres años, pero esta era, con mucho, la más joven. Ni siquiera podía acudir a ella, pues la pura magnitud de mi existencia aplastaría su alma.

En Cradle, un niño acababa de fallecer. Era joven, quizás sólo de dos años, entre los primeros en nacer en lugar de ser creado, y había sido víctima de una piedra que cayó. Realmente fue un accidente; una cabra montés la había soltado mientras caminaba por la cima de un acantilado, enviándola a rodar y golpeando al niño en la cabeza. Los padres lloraron sobre su cuerpo, el padre mirando hacia el cielo y maldiciendo mi nombre.

— Maldición sobre ti —, había dicho —. Maldición por arrebatarnos a nuestro hijo.

Las palabras herían. Dolían mucho más de lo que esperaba. Pensé que serían maldecencias, es más, me sorprendía que aún no lo hubiesen hecho, porque los mortales son mortales, pero esto me tomó por sorpresa. Ningún dios se atrevería a maldecirme. La mayoría de las bestias eran demasiado simples para lanzarme una maldición por la naturaleza del universo, y yo no diseñé las cosas para que fueran crueles. Pero el conflicto y el caos eran parte de la naturaleza física; inspiraban crecimiento y cambio, y los mortales trataban de superar limitaciones y desafíos para convertirse en algo más. Yo solo...

Con un suspiro profundo, cerré los ojos y permití que mi mente tocara la suya, conectando sus emociones y memorias desde la distancia. No para influir, sino solo para...sentir. Era la Madre, llorando por su hijo. Era el Padre, maldiciendo a su creador con tristeza y enfado. Y era el niño, corriendo feliz y libre, jugando con un insecto en la base del acantilado, solo para que todo se volviera negro en un instante. Experimento todo desde su perspectiva con un detalle insoportable, desde la avalancha de emociones hasta el roce físico. Me recordaba demasiado a algunas de mis vidas pasadas. Que todo fuera solo un accidente, un verdadero accidente, solo hacía que las cosas empeoraran.

— No saben lo que dicen —susurré para mí, abriendo los ojos y tocando mi rostro, sorprendido al encontrar humedad allí. Moví la cabeza, limpiando mi cara con la manga, fortaleciendo mi determinación. Solo podía hacer mucho. La intervención directa sería más perjudicial que beneficiosa, en demasiadas maneras. Incluida para mí mismo. Sin embargo, aún cuando alejé la mirada, resolviendo enviar encarnaciones divinas para guiar y proteger, incluso mientras mi cuerpo principal seguía observando, sentí que volvía mi atención hacia esa pequeña alma inocente.

Y una lágrima solitaria cayó en la inmensidad del espacio.